

La princesa Gema y su esfera mística

Dan Zelaz



LA PRINCESA GEMA
Y SU ESFERA MÍSTICA

EN EL REINO MÁS ALLÁ
DE LO IMAGINABLE

DAN ZELAZ

Capítulo 1

Capítulo 1

La esperanza de las tinieblas

En una galaxia distante, a millones de años luz del planeta Tierra, un punto brillante contrasta con el negro cosmos y su luz se esparce como un faro en la inmensidad del firmamento. Este planeta se conoce con el nombre de El Reino de Luz.

Sus habitantes le denominaron así porque, como un espejo gigante, refleja el esplendor de los tres soles que giran en torno a él. Estas estrellas son prismas flotantes que despliegan sus rayos a través de la inmensidad del espacio.

A pesar de que El Reino de Luz había resistido innumerables ataques durante cientos de años, parecía que los días de victoria estaban por terminar.

Este fantástico mundo se había convertido en el escenario cósmico de una batalla en la que los oponentes luchaban por el dominio de todo un imperio. El pacífico planeta se sumergía en el poder de la oscuridad. Criaturas maléficas que surgían en la noche se habían apoderado del reino y se desataban eventos tan asombrosos que amenazaban cambiar el equilibrio del universo.

A pesar de que las fuerzas invasoras doblegaban los últimos opositores del reino, aparecía un oponente que traía una alentadora esperanza que llenaba de expectación a los soldados abatidos de El Reino de Luz.

Pero lejos de ser un guerrero o un noble caballero, como podría imaginarse, se trataba de una joven desesperada que corría en busca de refugio.

Durante tres días, las bestias del tirano Dargos la habían perseguido por todo el valle de Suntras hasta llegar al Pantano del Encanto. La última esperanza de El Reino de Luz estaba a punto de ser acorralada y, aunque su determinación era férrea, su cansancio traicionaba su voluntad.

La fatiga ahogaba su respiración, y hasta podía sentir en su espalda el resuello de las bestias emitiendo un sonido tan agudo que sus oídos no podían escuchar otra cosa que aquel gemido penetrante.

Como hábiles cazadores seguían las pisadas de su presa, olisqueando cada huella, siguiendo cada rastro que les llevaría hasta donde se encontraba la princesa Gema. Como no podían comunicarse con palabras, rugían de furia para calmar sus ansias por atrapar a la forajida doncella, mientras ella luchaba por no ser capturada.

Las rodillas de la princesa Gema estaban tan débiles que se veía incapaz de dar el siguiente paso. Tampoco encontraba firmeza al caminar, el blando suelo le hacía trastabillar y sus pies se hundían en los charcos de lodo.

Los sentidos de la princesa Gema estaban tan confundidos que ya no se fiaba de su percepción. Giraba hacia un lado y sentía como si una mirada le clavara una estaca en el dorso; volteaba hacia el otro, y un delirio de acecho la asediaba. ¿Era un espejismo lo que la perturbaba?, ¿o realmente había un ser despiadado y tenebroso oculto en las sombras esperando el momento preciso de atacarla?

El eco del viento resonaba entre las copas de los árboles, una ráfaga de aire helado chocaba con fuerza las ramas secas que, tendidas sobre grandísimas rocas, ocultaban cuevas horadadas en la tierra donde vivían toda clase de extraños reptiles. Algunos de ellos salían espantados cuando sentían la presencia de un desconocido.

Sin embargo, las fieras más corpulentas, que vivían en grandes criptas, no se amedrentaban con la intrusa que les invadía; por el contrario, aguardaban pacientemente que la fortuna de la naturaleza las alimentara.

La noche era más negra que nunca. Ella miraba desconsolada el firmamento para que las estrellas guiaran su camino, pero solo veía una densa niebla y el grisáceo barniz de las nubes que amenazaban con derramar copos de nieve sobre el manto de oscuridad que arrojaba el pantano.

Los únicos testigos de este episodio eran árboles de gruesos troncos, maltratados por el transcurrir de los siglos, cuyas raíces penetraban en el fangoso suelo tan profundo como la desesperación que oprimía a la princesa Gema en su huida.

«Hija mía, escúchame bien. Si ves que las bestias se acercan demasiado, presiona contra tu pecho la esfera mística lo más fuerte que puedas. Pero recuerda que nunca debes perderla. Es la única que puede traerte de regreso a casa». En ese momento, la princesa recordaba las palabras que su padre le había dicho.

A la princesa le consolaba tanto esa frase que la atesoraba como a un talismán. En un momento tan difícil, solo deseaba que Nótrex, su padre,

estuviera junto a ella.

Meditaba sobre estas palabras cuando, de repente, una de las horripilantes bestias de la noche le sujetó una pierna y la hizo caer al suelo. La princesa Gema buscaba desesperadamente la manera de librarse de la bestia; trató de enclavar sus codos en el lodo para arrastrarse hacia delante, luego intentó aferrar sus dedos en el fango. Pero a cada uno de sus movimientos, la bestia sujetaba la pierna con más vigor.

La doncella sentía que se debilitaba más y más. Viéndose acorralada, pateó varias veces la cara de la bestia, hasta que esta se vio forzada a soltar la pierna que sostenía entre sus zarpas. Pero la victoria de la princesa fue inútil porque comenzaron a llegar tantas bestias, que se empujaban unas a otras debatiéndose cuál de ellas sería la primera en tomarla como prisionera.

Las bestias ya estaban a punto de atrapar a la doncella, pero un grito soberbio hizo que retrocedieran, y se apartaron temerosas.

—iCojete gaiao turelo! (¡A un lado, inútiles!) —ordenó el jefe de las bestias—. iNore laia viraleta! (¡No la toquen, tiene la esfera!).

Y se aproximó a la princesa Gema resuelto a capturarla. Pero entonces, un estruendo tan fuerte como un torbellino turbó la mirada de las bestias y como un haz de luz irrumpió Úniquen, la mascota de la princesa.

Feroz como un leopardo, con garras afiladas y alas más grandes y fuertes que las de un águila, Úniquen llegó hasta la joven, quien saltó y se asió del cuello de su amigo. Úniquen emprendió rápidamente el vuelo, sin dar tregua a que las bestias entendieran qué había ocurrido. Cuando al fin se percataron de que se escapaban, comenzaron a disparar sus arcos.

Una lluvia de flechas les pasaban por los costados; algunas de ellas les laceraban la piel, pero la oscuridad de la noche y la rapidez con que se alejaron de sus enemigos les ayudó a esquivar la ofensiva.

—iDeténganse! —vociferó el jefe de las bestias en su idioma—. Dargos la quiere viva.

Luego, sosteniendo el arco, disparó una flecha que penetró el costado de Úniquen. A pesar de estar herido, continuó volando varios kilómetros, hasta que las bestias se perdieron de vista.

—iÚniquen, debes parar! ¡La flecha puede matarte! —exclamó la princesa.

Pero él no dejaba de agitar sus alas. Por el contrario, la criatura volaba con más brío. No obstante, él siempre había cumplido los deseos de su

amiga, mas en esta ocasión prefirió ignorar su súplica, pues sabía con certeza que detenerse en ese momento podría costarle la vida a la persona que tanto amaba.

—Lo siento, Gema, no puedo complacerte. Debes confiar en mí, todo estará...

—¡No! —gritó la princesa cuando Úniquen se desmayó.

Los dos comenzaron a caer al vacío. Una brisa fría penetraba hasta los huesos de la preciosa dama, que se aferraba del lomo de su amigo.

—¡Úniquen, despierta! ¡Despierta!

Pero Úniquen no despertaba. Se precipitaban hacia el pantano a tal velocidad, que la princesa cerró los ojos y entregó su alma al caprichoso destino. Solo cuando faltaban unos metros para estrellarse, Úniquen milagrosamente abrió los ojos y nuevamente agitó sus alas, logrando amortiguar la caída contra el mugriento lodo.

Ya en el suelo, la princesa Gema giró la cabeza hacia donde estaba tendido su amigo. La criatura permanecía inmóvil; parecía que no respiraba. La joven se estremeció, su corazón palpitaba apresurado. Cuando pensó que Úniquen podría morir, sintió que una parte de su ser también moriría con él.

—Úniquen, no te mueras, por favor —gritó, arrastrándose por el suelo húmedo hasta llegar a abrazar una de las patas delanteras de su amigo mientras él cerraba los ojos lentamente.

La princesa casi no podía moverse. La caída y el asfixiante agotamiento la aplastaban sin piedad, como si un puño gigantesco apretara su cuerpo contra el fango del pantano. Trató de levantarse, pero apenas podía sentir una de sus piernas; la otra parecía desencajada.

Como le era imposible moverse, comenzó a llorar desconsoladamente. Solo deseaba que nada de aquello estuviera ocurriendo.

El llanto inundaba su rostro trazando surcos en sus mejillas ennegrecidas con el fango. Luego, con nostalgia, comenzó a buscar el último obsequio que había recibido de su padre.

En ese instante sintió que había alguien a su espalda. Cuando giró la cabeza, creyó ver a un anciano que caminaba hacia ella, aunque no podía asegurarlo porque tenía los ojos sucios. Intentó limpiarlos rápidamente con sus manos cubiertas de lodo y miró nuevamente, pero no vio a nadie.

Estaba tan exhausta que atribuyó su visión a una jugada de su mente.

Luego, mientras sollozaba, empuñó la esfera mística con su mano derecha, en su desesperación la presionó con fuerza.

Para su sorpresa, algo extraordinario sucedió, de manera sorprendente su vigor se restableció. Sintió que sus piernas despertaban de un sueño profundo, y la pierna desencajada comenzaba a recuperarse lentamente. Un vibrante cosquilleo invadía su cuerpo y a su vez sanaba todo, sin causarle dolor.

Después de unos minutos, la princesa se sintió tan restablecida como para levantarse, se puso de pie y fue hasta donde yacía su amigo, aún inmóvil.

Levantó el ala derecha de Úniquen y se dio cuenta de que la herida era más grave de lo que pensaba, la flecha le había perforado el costado. Con precaución, para no causarle más daño, arrancó la flecha, dejando un agujero; luego rasgó una de las mangas de su vestido y, con sumo cuidado, le vendó la herida.

Úniquen era pesado, pero la esfera le había dado fuerza suficiente para arrastrarlo hasta un árbol. Luego, le acomodó la cabeza encima de una rama de las más robustas para que pudiera respirar sin dificultad. Después tomó otra rama y, envolviéndola con la otra manga de su vestido, fabricó una rudimentaria antorcha. Descendió con ella por el tronco, buscó dos piedras y, tras secarlas con su manto, las frotó para producir fuego y encender la antorcha, tal como le había enseñado su padre.

Le parecía increíble la manera en que la esfera mística la había sanado, sabía que nunca habría podido arrastrar a Úniquen de no ser por el poder de su esfera.

Ahora empezaba a comprender cómo funcionaba, aunque nadie le había explicado cómo usarla. Pues, en la familia pocas veces se abordaba este tema; cuando ella asistía a las reuniones del Consejo Real, era como una conversación prohibida.

Empero, algunos de sus amigos le habían contado maravillosas historias sobre los poderes mágicos de la esfera, y también sus padres solían narrarle anécdotas curiosas. Otros, sin embargo, se limitaban a repetir lo que la gente decía sobre ella.

Lo cierto es que ninguno de ellos realmente conocía cómo se manejaba la esfera ni mucho menos lo que era capaz de hacer.

Capítulo 2

De las garras de la bestia

La princesa y sus padres habían corrido de pasillo en pasillo hasta llegar a los aposentos de Diamantis. La ciudad había sido sitiada, y su padre gritaba con todas sus fuerzas a la princesa Gema mientras defendía a su familia del enemigo:

—Escúchame bien, Gema. Si las bestias se acercan demasiado...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, irrumpieron los salvajes en el dormitorio de la princesa, donde se encontraban el rey, la reina, el hermano del rey y varios de los soldados del reino, por lo que apenas la princesa Gema pudo entender el final de las palabras:

—¡... Presiona contra tu pecho la esfera mística!

Las numerosas bestias siguieron entrando al dormitorio hasta que quedó repleto. Sin embargo, Kéltrox, el hermano del rey, organizó la defensa junto a los soldados, quienes se encargaron de proteger a la noble familia.

Cuando el rey Nótrex vio que menguaban las fuerzas de sus soldados, decidió salir de allí y comenzó a moverse en medio de la enfurecida turba. Avanzando como podía por entre los combatientes, con su mano izquierda empujaba a la princesa Gema y a su esposa, la reina Kristal, mientras con la derecha su espada hería a cuantos enemigos se cruzaban en su camino. Como una sinfonía bien acoplada, Nótrex marcaba y Kéltrox ejecutaba.

Para el rey esos pocos metros parecieron kilómetros y los segundos, horas. El entrechocar de las espadas y el gemido de los heridos le incitaba a pensar que sería imposible culminar con éxito tal hazaña.

Cada vez que el rey Nótrex parecía vencido, la espada de Kéltrox, su hermano, salía a defenderle para continuar avanzando hacia la esquina inferior de la habitación, donde se encontraba la cama de la princesa.

En pleno apogeo, no cruzaban palabra: solo con una mirada o la expresión de sus rostros se comunicaban la estrategia segundo tras otro.

Tampoco necesitaban decirse «detrás de ti» o «a tu derecha», sino que

parecían leerse el pensamiento.

En medio de la muchedumbre se escuchó un sonido que se impuso al estruendo de la batalla.

—¡Nótrex, usa la esfera! —gritó Kéltrox a su hermano mientras traspasaba con su espada a una bestia.

Kéltrox no albergaba esperanza de que Nótrex pudiera hacerlo; pero llenaba su corazón de optimismo. Quizás, lo que antes había impedido que su hermano utilizara la esfera había cambiado... pero su ilusión chocó de frente con otra realidad.

—¡Sabes bien que no puedo usarla! ¡Sigue peleando!

Finalmente consiguieron llegar a la esquina superior de la habitación, Nótrex empujó la cama de la princesa Gema hasta destapar una trampilla que estaba en el piso: era una vía de escape, unas escaleras iluminadas con antorchas que se sumergían en las profundidades. Agarró a la princesa Gema y la empujó hacia la trampilla. Ella rodó por las escaleras, lastimándose su muñeca izquierda.

Era el turno de la reina Kristal. Ya se disponía a descender por el túnel cuando el jefe de las bestias arrojó una lanza directamente a su cabeza. Pero Kéltrox, que se había percatado de las intenciones del despiadado soldado, disparó una flecha que desvió la trayectoria de la lanza y solo rozó la espalda de la reina, dejándola tendida en el piso a pocos pasos de la puerta de escape.

El rey Nótrex, al ver a la reina Kristal herida, se distrajo y una de las bestias lo acorraló contra la pared, obligándole a bajar su espada. Kéltrox se apresuró y fue a auxiliarlo, pero Nótrex negó con la cabeza, dándole a entender que quería que tomara el pasadizo para que protegiera la vida de su hija. Con dolor en su corazón, Kéltrox acató el deseo de su hermano, sabiendo que aquello podría implicar su fin, y se lanzó pasaje abajo. Aterrado, vio que dos bestias corrían tras su sobrina, y que otras comenzaban a bajar con la finalidad de atraparlos.

La princesa echó a correr en cuanto vio a las bestias. Huía tan deprisa como podía, sin voltear la vista. Prefería no conocer el desenlace de los sucesos que parecían alejarla bruscamente de su vida.

Sólo anhelaba que sus pasos fueran lo bastante rápidos para mantenerse alejada del peligro. Quiso ignorar el valor que emergía de su ser, pero este no se alejó de ella; al contrario, la animaba a proseguir su camino sin flaquear.

Vencida por su honor, miró hacia atrás para ver de dónde provenía aquel ruido, y se giró con el miedo de chocar de frente con una realidad que le trajera desgracia.

Una de las bestias se aproximaba a tal velocidad que apenas distinguió la daga que sostenía entre sus garras. Justo en ese momento, Kéltrox logró darle alcance y mató a ese salvaje soldado de Dargos; atacó al segundo, hiriéndolo gravemente y se dio la vuelta con la intención de enfrentarse a los que venían detrás.

—¡Vete, Gema, vete! ¡Rápido! —repetía a todo pulmón.

Y la princesa obedeció. Corrió y corrió hasta que llegó al final del túnel.

Salió al exterior, pero casi no podía divisar el camino. Las lágrimas empañaban su visión. Recordaba la noche anterior, cuando su padre la despertó en la madrugada y comprendió por qué le había dado la esfera.

Su padre presintió que algo malo pasaría, ahora entendía lo que le había estado preocupando. La princesa Gema pudo leer en la mirada afligida la angustia de su padre; sin embargo, su sorpresa la dejó pasmada, no fue capaz de emitir palabras.

Era la primera vez que veía el corazón de su padre lleno de desesperanza, como si supiera que el futuro le depararía desgracia. Él tomó la esfera, la colocó alrededor del cuello de su hija y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Usa la esfera mística con sabiduría.

Capítulo 3

La princesa de El Reino de Luz

La princesa Gema vivía junto a su familia en Diamantis, un majestuoso palacio construido con rubíes, perlas y otras piedras preciosas. En la periferia del esplendoroso palacio se vislumbraban pequeñas torres donde moraban algunos de los nobles más importantes del reino, una mansión con innumerables habitaciones para los criados que quisiesen convivir con sus familiares.

Estas edificaciones estaban bordeadas por un lago y en las orillas había un rebaño de animales domesticados, árboles cargados de frutas, jardines y manantiales naturales que salpicaban el verde pasto por donde paseaban

las personas que se deleitaban con la fantástica belleza del paisaje.

Los séritrocs, nórmides y tíricus eran los animales más exóticos que pastaban en el jardín del palacio. Los visitantes de El Reino de Luz se quedaban atónitos al contemplar estos magníficos animales en los jardines del palacio.

Los séritrocs, llamados también «el transporte de los reyes», son animales inmensamente altos y tienen siete fornidas patas: tres del lado derecho, tres del lado izquierdo y una en el centro. Su pata central es la más fuerte y solo la utilizan para saltar, por lo que la encogen cuando caminan. Son capaces de emplear sus patas como resortes para dar larguísimos saltos hacia delante, tanto que hace falta estar acostumbrado a ellos para no resbalarse de su lomo, aunque saben amortiguar la caída con destreza.

Un aspecto bastante singular de los séritrocs es que pueden saltar durante días sin necesidad de beber agua. Por esas proezas a menudo son utilizados en la batalla. Además, su piel es dura, casi como una coraza, capaz de resistir cualquier ataque sin ser traspasada.

En cambio, los nórmides son animales comunes. Tienen seis patas, tres de cada lado, y una enorme cola que arrastran mientras caminan. Son herbívoros y beben mucha agua. Suele ser el medio de transporte habitual para los habitantes de la colonia de El Reino de Luz, aunque el rey Nótrex poseía la raza más pura.

Las personas que montan estos animales sostienen que una de sus características es la comodidad, pues poseen un lomo amplio y blando, pero presentan el inconveniente de que el cansancio los doblega y no pueden recorrer largas distancias.

Los tíricus, por su parte, son escasos en el Reino de Luz. A diferencia de los nórmides, considerablemente rápidos, gracias a que conservan una corpulencia ligera. Proviene de Planta Verde, el único planeta que posee una numerosa manada de estos ejemplares.

En el interior de Diamantis los pasillos estaban decorados con alfombras fabricadas con finas pieles, cuadros con pinturas y esculturas de los reyes predecesores a Nótrex.

Una de las estatuas más majestuosa era la del rey Vargas, el único tirano que había gobernado El Reino de Luz varios siglos atrás. Después de una batalla había desaparecido y nadie volvió a saber nunca más de él ni de los soldados que le acompañaban.

Antes de su desaparición, encargó que le tallaran su efigie tras derrocar a su primo Normen y, por respeto a la tradición, ninguno de los reyes que le

sucedieron ordenó retirar la magnífica obra de arte.

El rey Nótrex era querido por el pueblo y efectivamente gobernaba la Ciudad de Luz con amor y justicia. Los súbditos afirmaban que sus virtudes eran tan loables como la majestad del imperio, admiraban profundamente la nobleza de este hombre, que siempre se preocupaba por aquellos que tenían menos.

Desde temprana edad, sus padres se dieron cuenta de que poseía el don del liderazgo, así lo demostró cuando subió al trono. El rey Nótrex era un hombre inteligente y calculador, fiel a su esposa, familia y al pueblo. Su mayor afán era que el reino fuera próspero, razón por la que sus vasallos lo aclamaban y veían en él un aliado.

Aunque la riqueza, y los bienes tanto del reino como del palacio eran innumerables, los tesoros más preciados no podían compararse con el inmenso amor que le profesaba a su esposa Kristal —quien también era admirada por todos los habitantes de El Reino de Luz— y el cariño que sentía por su hija Gema.

La princesa Gema vivía una vida plena en el palacio. En Diamantis, y aun en El Reino de Luz, la querían y la respetaban, no solo por ser la hija del rey, sino porque poseía cualidades que la hacían resaltar sobre los demás.

Era una joven inteligente; tanto, que sus padres le encomendaban tareas propias de un consejero real. No es que fuera arrogante o que quisiera ridiculizar a otros, pero su carácter independiente intimidaba a personas mayores que ella, por la convicción de sus opiniones y creencias.

De forma espontánea y natural tenía la habilidad de la elocuencia. No necesitaba ensayar cuando tenía que dar un discurso en las reuniones del Consejo.

El rey Nótrex había sellado su compromiso con el príncipe Altren, el hijo y heredero del rey Sortus; ambos llevaban años planeando la ceremonia de vinculación de almas. La fiesta básicamente consistía en la declaración de amor de dos personas que se amaban ante sus familias y amigos.

La celebración duraba treinta días, durante ese tiempo los amantes no se separaban en ningún momento el uno del otro, y ataban sus manos con una cinta de esmeralda cada vez que pasaban juntos una noche.

Transcurridas las treinta noches, los vinculados danzaban una canción alegre ante los invitados, y sus madres guardaban las cintas con las de generaciones anteriores, simbolizando que su amor, al igual que las

cintas, duraría por siempre.

Aún la doncella no conocía del todo al príncipe Altren. A decir verdad, sólo lo había visto un par de veces, cuando venía para ensayar la danza de vinculación, pero a ella no le ocasionaba ninguna preocupación.

En su interior, sospechaba que en el fondo lo que su padre quería era fortalecer la relación entre los dos reinos. Sin embargo, afortunada o desafortunadamente, ella presentía que algún día podría llegar amar al príncipe Altren.

No obstante, el gran anhelo de su vida sería encontrar a alguien que la amara y a quien ella libremente pudiera corresponder con el amor que albergaba en su corazón.

Cuando la princesa era niña, su madre solía pasearla por horas por las calles de la Ciudad de Luz. Les gustaba conversar con las personas que se encontraban en su caminata. También se deleitaban comprando plantas aromáticas para sus aposentos.

Sin embargo, la magnífica relación que desde pequeña guardaba con su madre, increíblemente se había perdido cuando ella entró a la adolescencia.

Al parecer los hechos cambiaron notablemente e influyó que Kristal se distanciara de la princesa Gema. Simplemente su madre comenzó a comportarse de manera extraña, como si la esencia de su ser se hubiera transformado. Su padre trató de justificar el comportamiento explicándole que Kristal había padecido un problema mental.

Kristal tampoco le hablaba de su familia; apenas la princesa sabía pequeños detalles de la existencia de su abuelo Lardo, pero nada más.

Después de los acontecimientos que habían sucedido en los últimos días, la princesa Gema sospechaba que su madre podía haber sido hechizada por algún mago malvado, quizás fue así como Dargos logró vencer a su padre, aunque carecía de pruebas.

Pero sí estaba convencida de que debía seguir adelante y encontrar la manera de salvar a sus padres, sus amigos y su reino del dominio de ese tirano que había invadido su ciudad.

El Reino de Luz tenía siglos resistiendo los ataques enemigos, pero ahora decenas de ciudades con millones de personas habían quedado a merced del poder del tirano Dargos.

En este momento estaba completamente sola, con su amigo moribundo en

el Pantano del Encanto. «¡Pero este no será mi fin!», se decía.

La princesa Gema presionó la esfera con su mano derecha mientras se acercaba a Úniquen. Luego lo sujetó por su ala herida y gritó:

—¡Quiero que sanes, quiero que sanes, quiero que sanes! —las palabras le salían solas—. ¡Quiero que sanes!

Notaba la conexión con el bolco a través de la esfera. Su corazón latía más rápido que nunca, pero esta vez no era de miedo, sino que en cada latido podía sentir toda la energía que provenía de ella. La herida de Úniquen comenzó a sanar poco a poco.

Varios minutos después, la criatura abrió los ojos y escuchó a la princesa repitiendo estas palabras, aunque aún estaba demasiado débil para permanecer con los ojos abiertos.

Finalmente, horas más tarde, Úniquen pudo incorporarse plenamente curado y le dijo:

—¡Qué bueno que estemos lejos de los peludos!

La princesa Gema sonrió. Llevaba varios días en que la alegría no se reflejaba en su rostro, pero, cuando escuchó a su amigo hablar, se emocionó tanto, que sus ojos brillaron y su cara resplandeció con regocijo, aun con todo el lodo que la cubría.

—Realmente me alegro de verte otra vez —dijo la princesa Gema. Era tan intensa la emoción, que no pudo evitar darle un intenso abrazo a Úniquen.

—Yo también me alegro de verte —confesó Úniquen.

Una sonrisa se trazó en los labios de la joven, incapaz de disimular su felicidad.

Capítulo 4

Úniquen escapa

Úniquen conoció a la princesa cuando ella apenas era un bebé, y desde entonces le tomó un afecto que superaba cualquier sentimiento que

hubiese tenido por otra persona. La veía como a su hija, la trataba como a su amiga y la obedecía como a la reina.

No existía una razón en el mundo que le impidiese defenderla hasta la muerte; y si fuera necesario, ofrecería su vida con tal de que ella no corriera ningún peligro.

Aunque ahora era la mascota de la princesa Gema, Úniquen primero había pertenecido al tatarabuelo, luego a su bisabuelo... así hasta llegar al rey Nótrex, quien también siguió la tradición, cediéndoselo a su hija.

Úniquen pertenecía a la especie de los bolcos, los cuales pueden llegar a vivir miles de años. Él apenas tenía quinientos años en ese momento, así que podía considerársele relativamente joven entre sus congéneres.

Su hocico era estrecho, se alargaba varios centímetros hacia adelante, sus dientes eran tan finos y puntiagudos que parecían largas agujas que se unían entre sí. Tenía unas anchas orejas que colgaban a los lados, pero se veían pequeñas con relación al cuerpo. Tenía cuatro fuertes patas y una larga cola, y a través de sus ojos redondos se percibía la amabilidad de la criatura.

Los bolcos son seres racionales, por lo que no se les puede considerar como domables. Su inteligencia puede igualarse a la de los seres humanos; es más, el pasar de los siglos los ha hecho más inteligentes que muchos de ellos.

Hablan con elocuencia, en ciertas situaciones se valen del sarcasmo para revelar su desacuerdo, o si algo les parece gracioso o absurdo. A pesar de su inteligencia, los bolcos pactaron con los hombres, a quienes juraron lealtad.

Antes eran cientos. Vivían en una pradera llamada Bolcania donde se pasaban volando parte del día, jugando y comiendo animalitos. Pero durante la primera batalla contra El Reino de Luz, los bolcos se unieron al rey Nótrex en contra de Dargos y éste, en venganza, arremetió contra Bolcania y con su esfera mató a cientos de ellos. Sólo unos pocos sobrevivieron, entre los cuales estaba Úniquen, quien cargó sobre su lomo al rey Nótrex durante la batalla.

—Gracias por venir a salvarme, amigo —dijo la princesa Gema sonriendo.

—Soy afortunado de haber salido con vida. Me tenían bajo custodia y encadenado, aunque no sé por qué Dargos no me eliminó.

—¿Cómo pudiste escapar?

—Quisiera anotarme el mérito, pero no lo habría logrado sin ayuda.

—¿Sin ayuda de quién?

—No lo sé. Todo pasó tan rápido...

—¿Alguien te salvó y no supiste quién era?

—Iba embozado; se tapaba la cara con su capa, ¿sabes? Como si no quisiera que nadie le reconociera. Se acercó y me quitó las cadenas, aunque aún no entiendo cómo lo hizo, porque no vi que tuviera las llaves. Creo que usó magia.

—Probablemente no viste bien. Los brujos no van por ahí metiéndose en medio de las batallas buscando a un bolco al que salvar. Debió de ser uno de los soldados.

—Bueno, ¿qué más da? Lo importante es que pude llegar a tiempo. Me asustaste, no sabía si estabas herida.

—Si no hubieras llegado a tiempo, de seguro lo estaría. ¿Supiste qué pasó con mis padres?

—No, lo siento. Tu padre entró en el palacio cuando Dargos derrotó a los últimos soldados que quedaban en el campo de batalla y corrió a buscaros a tu madre y a ti. Kéltrox iba con él. Todo ocurrió demasiado rápido. Los sobrevivientes resistíamos el ataque con las últimas fuerzas, pero a todos nos era difícil mantenernos en pie. Luego, en medio de la destrucción, Dargos lanzó sobre nosotros una bola de fuego.

Entonces el rey Nótrex gritó mientras luchaba junto a su hermano en el frente más cruento de la batalla: "¡Kéltrox, Dargos está abrasando a los soldados! ¡Ya casi estamos vencidos!" —gritó el rey Nótrex. "Lo sé, debemos hacer algo", contestó Kéltrox. Y llamaron a los mejores hombres. Kéltrox se hacía oír en medio del fragor de la casi perdida batalla. Mientras gritaba, todos retrocedían en retirada, pero sin darles la espalda a sus enemigos: "¡Rolar, aquí, rápido! ¡Marcus, Vélitron! Traigan los hombres que tengan", ordenaba.

Esa fue la última vez que vi a tu padre, a Kéltrox y a Rolar —concluyó Úniquen mientras observaba la mirada triste de la princesa Gema.

—Ojalá no hayan muerto. Espero volver a verlos. ¡Los extraño tanto...! Además, la culpa me está matando. La última vez que hablé con Rolar tuvimos una discusión y lo insulté de muchas maneras. No debí hacerlo, es mi amigo —dijo la princesa Gema con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Discutiste con Rolar?

—Sí, y eso no es lo peor. Lo que más lamento es haberlo maltratado sin razón, lo único que hizo fue ser honesto conmigo.

—Tranquila, amiga. Sé que es difícil entenderlo en estos momentos, pero créeme, todo irá bien. Siempre has tenido buena estrella; saldrás de esta, te lo aseguro. Por lo pronto, es necesario que me ocupe de ti. Me imagino que debes de estar hambrienta.

—Sí, y no sabes cuánto.

Había pasado varios días sin comer. Además, estaba tan sucia y llena de lodo, que sentía su cuerpo sumamente pesado. Úniquen, desde luego, no tenía problemas de ese tipo. Su lengua le ayudaba a permanecer limpio y a cazar algunas criaturas pequeñas para alimentarse.

—Descansa un poco y luego nos iremos —propuso Úniquen, mientras recostaba su cabeza en una rama.

La princesa Gema y Úniquen siguieron conversando durante un rato, hasta que, sin darse cuenta, se quedaron dormidos en la copa del árbol.

Capítulo 5

Ya no más

A primeras horas de la mañana, la princesa Gema despertó y sus ojos se desorbitaron cuando vio una bestia que venía hacia ella. Se levantó rápidamente buscando a Úniquen, y al mirar hacia atrás, descubrió que le habían atado por el cuello junto al árbol y que dos bestias estaban a punto de desenvainar las espadas sobre su cabeza.

—¡Los kronkos! ¡Corre, Gema! —gritó Úniquen.

Pero ella, en lugar de correr, tomó una postura de ataque. Se sentía más confiada. Sus enemigos quedaron confundidos al ver tal valentía, y mucho más cuando Gema hizo una mueca como diciendo «No esta vez». Porque ella ahora conocía el poder de la esfera. No solo la había curado, sino que al apretarla se sentía poderosa, invencible; además, al fin comprendía las palabras que su padre le había dicho sobre ella.

Los kronkos dejaron a Úniquen y se dirigieron hacia ella, pero la princesa tomó la esfera y la presionó con fuerza contra su pecho, tal como le dijo

su padre que hiciera.

El jefe de las bestias, llevándose las manos a la cabeza, gritó con pavor:

—¡No!

Cuando la esfera tocó el pecho de la princesa Gema, una fuente de energía brotó de su cuerpo. Los espectadores, que ya habían sido testigos de lo que este poder era capaz de hacer, la contemplaron aterrados.

La esfera se pegó a su pecho como si formara parte de él, y la princesa flotó en el aire. Los ojos y brazos se llenaron de potentes luces que centellaban en todas direcciones, su pelo rojo se tornó oscuro, una nube cargada de fulgor se posó sobre la cabeza, al tiempo que una corriente de aire cubría su cuerpo radiante.

—¿Qué lugar es este? —preguntó la princesa Gema, mirándolo todo desde arriba.

—Estás en los límites del Bosque del Llanto —respondió la voz de una mujer.

—Pero todo es muy extraño, no reconozco nada.

—Eso se debe a que lo estás percibiendo de forma diferente. ¿Ves esas sombras de allá?

—Sí.

—Son las bestias que te están atacando. Y aquella otra que está junto al árbol es tu amigo Úniquen.

—¿Quién eres? ¿Dónde estás? —preguntó la princesa.

—Soy tú misma, y estoy aquí —respondió la silueta de una joven que volaba hacia ella. Era igual que la princesa, pero estaba rodeada por un halo de luz que la hacía casi incorpórea.

—No entiendo. ¿Cómo tú puedes ser yo?

—Es muy simple. Cuando presionaste la esfera mística contra tu pecho, todo tu ser y tu energía interior fue amplificada a su máxima capacidad.

—Pero ¿cómo puedo ser yo misma la que esté respondiendo a mis preguntas?

—Porque tu entendimiento también se ha multiplicado. Por esa razón tienes la posibilidad de hablar con tu interior. Estás luchando contra las

bestias. Ellas te atacaron. Ahora debes defenderte. No hace falta que te precipites, tu percepción del tiempo también ha cambiado. Por eso ves todo como si ocurriese lentamente. Ahora debes atacar.

Entonces la princesa Gema movió su dedo índice con un gesto de desaprobación hacia donde se hallaban agrupados el mayor número de adversarios, y de sus brillantes manos salieron ráfagas de luz que empezaron a quemar a las bestias. En ese momento el ejército de kronkos comenzó a arrojarle todo lo que tenían a mano para tratar de detener a la joven princesa.

—¿Ves esas manchas que se aproximan hacia ti?

—Sí, las veo —se respondió Gema a sí misma.

—Son las armas de tus enemigos. Solo tienes que desear detenerlas.

Ninguna de esas manchas alcanzó su objetivo: sencillamente, se detenían antes de rozarle. Espadas, lanzas, piedras, flechas, lo que fuera, caía al suelo o era devuelto hiriendo a quien lo había disparado. El jefe de las bestias gritó entonces en su propia lengua:

—¡Retirada! ¡La niña ya conoce el poder de la esfera! ¡Vámonos!

Las bestias salieron despavoridas y en unos instantes dejaron solos a la princesa Gema y a Úniquen. Después de que se marcharan, la joven doncella comenzó a descender, mientras Uniquen trataba de calmarla.

—Tranquila, amiga, tranquila.

Poco a poco, la princesa Gema se quedó dormida.

Al cabo de un rato, despertó, pero se sentía mareada. —¿Viste lo que yo?
—le preguntó la princesa a Úniquen.

—Por supuesto. Usaste bien la esfera para ser la primera vez.

—¿Para ser la primera vez? Vamos, reconócelo, estuve genial. De hecho, no sé si alguien podría hacerlo mejor —afirmó ella emocionada.

—Eso es porque no has presenciado ninguna batalla donde varios oponentes tienen esferas.

—¿Qué quieres decir? ¿Es que hay más esferas aparte de esta?

—¡Claro! ¿Cómo crees que Dargos derrotó a tu padre? Con una esfera,

naturalmente.

—¿Cuántas?

—Doce en realidad.

—¿Y dónde están? ¿Quién las tiene?

—Bueno, hay muchas cosas que aún no te han dicho, pero por lo pronto debes saber que Dargos lleva años utilizando su esfera, así que no será nada fácil vencerlo —dijo tratando de evitar el tema.

Úniquen nunca antes había visto tanto poder, se sorprendió de que una nube se había posado sobre la princesa Gema. Pero no mostró sus pensamientos, solo calló y meditó sobre ello.

—Lo primero que debemos hacer ahora es buscar un lugar donde puedas comer y descansar, quizás incluso practicar un poco... Mmmm... Creo que el Bosque del Llanto puede ser un buen sitio. Hay mucha comida allí —propuso Úniquen.

Una vez más, la princesa Gema se acordó del hoyo negro que tenía en su estómago y que la había estado importunando durante días.

—¡Me parece una estupenda idea! —gritó

—Al Bosque del Llanto, entonces. Sujétese, majestad —le pidió Úniquen mientras ella se montaban en su lomo y levantaban el vuelo.

Úniquen rozaba su cola con la copa de los árboles, subía tan alto que divisaba las ramas como hormigas, y luego descendía en picado a toda velocidad hasta tocar las ramas nuevamente. Hacía tanto tiempo que la princesa Gema no se divertía de esa manera...

El Pantano del Encanto había quedado atrás y comenzaban a admirar las praderas verdes y a los animales del Bosque del Llanto jugueteando entre los árboles. Algunos de ellos, hinchidos de alegría, se bañaban en los cristalinos arroyos de la ladera, mientras otros correteaban al son del viento en el alfombrado pasto a la orilla de diversos ríos, los cuales formaban isletas llenas de rosas y árboles cuyos frutos servían de alimento a las familias del bosque.

Durante el día, las aves arrullaban canciones de amor con sus trinos, y con el mover de sus plumas traían paz junto al abundante y fresco viento, llenando de dicha el alma de quienes visitaban este paraíso.

—¡Mira ese río! Hay árboles frutales alrededor —dijo la princesa.

—Voy a bajar para que puedas comer algo —respondió Úniquen.

Ya en el suelo, la princesa Gema trepó a un árbol para alcanzar una de las frutas.

—¡Mmm! Úniquen, esto está delicioso. Deberías probar un poco —le dijo bajando de nuevo.

—Sabes que no puedo comer eso, me da náuseas... ¿Qué haces, Gema?
—preguntó al ver que la joven iba directa al río.

—Voy a lavar mi ropa. Es mejor ponérsela mojada que sucia —adujo la princesa colocándose sobre una enorme roca que quedaba por encima del cauce y midiendo la distancia para lanzarse al agua.

—¡Ten cuidado, no vayas a lasti...! —Demasiado tarde. La princesa Gema ya se había zambullido en las aguas con un chapuzón.

—¡Sí! ¡Sí! El agua está realmente buena. Llevaba tanto tiempo deseando darme un buen baño...

—Apúrate, debemos encontrar un lugar donde dormir antes de que oscurezca —la apremió Úniquen—. Ya sabes lo que dicen de este bosque.

A la luz del día, el bosque era un lugar hermoso; sin embargo, en la noche, el horror que transmitía hacía honor a su nombre. El viento azotaba las ramas produciendo un sonido semejante a un llanto, a un quejido, como si los árboles tuviesen vida y llorasen por el dolor que les producían, o formaba extraños torbellinos que, luego de destrozar los pequeños arbustos, desaparecían de repente.

Cualquier persona diría que espíritus misteriosos vivían entre aquellos árboles y poseían el corazón de los animales que merodeaban las tenebrosas sombras.

La oscuridad y el llanto de los árboles estaban tan presentes, que parecía como si estos espíritus representaran un siniestro espectáculo para perturbar la paz de quienes osaran transitar la fría soledad del camino durante la noche.

Se decía también que criaturas de otras dimensiones podían caminar por aquel tenebroso sendero cuando los portales espectrales se abrían de par en par.

Capítulo 6

¿Sólo niños?

—Úniquen, ¡mira esa cabaña! ¿Por qué no pedimos refugio?

—¡Buena idea! Espero que tengan una cama gigante para mí...

—Je, je... Seguro. Es muy común que los campesinos reciban visitantes bolcos —respondió la princesa Gema con ironía.

—Hay un niño bañándose en ese arroyo —señaló Úniquen—. Quizás vive en la cabaña de allá.

—Hola, niño —saludó la princesa Gema acercándose a él—. ¿Cómo estás, dónde están tus padres?

Pero el niño, en lugar de responder, soltó una maléfica sonrisa y luego salió corriendo.

Los animales que merodeaban los alrededores eran raros, no tanto por su aspecto como por su actitud. Varios de ellos se quedaron observando detenidamente a la princesa Gema y Úniquen mientras caminaban. Sus miradas eran tan vivas y expresivas que parecían transmitir una señal de advertencia.

Algunos niños caminaban por el campo montando diferentes tipos de bestias, recolectando trozos de madera, o limpiando hojas secas. También labraban en tierras cercadas, y otros llenaban canastas con frutas que arrancaban de los árboles que rodeaban el pequeño poblado. Era sorprendente la cantidad de vegetación y las frutas que allí había, y ni la princesa Gema ni Úniquen reconocían los animales que los niños utilizaban para transportarse o para arar la tierra. Ambos tenían la sensación de estar adentrándose en un lugar totalmente distinto a cualquier otro que jamás hubieran visto.

La princesa saludaba y trataba de hablar con los niños con los que se cruzaba. «¿De dónde eres?», «¿Qué lugar es este?», «¿Viven con alguien?», les preguntaba, pero ninguno le respondía. Solo la miraban un instante en silencio y seguían con lo que estuvieran haciendo.

—¡Mira, Úniquen! En la cima hay varias cabañas más.

—Parece que las construyeron hace mucho tiempo. Pero, ¿qué clase de lugar es este? ¿La ciudad de los huérfanos?

—Muy gracioso —Gema sonrió otra vez.

Pocos minutos después llegaban a la cabaña que habían visto desde lejos.

—Buenas tardes —saludó Gema, pero nadie le contestó.

Úniquen gritó un poco más fuerte.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Esta vez, una voz de anciano les respondió desde el interior:

—Adelante, la puerta está abierta.

La princesa Gema y Úniquen se miraron. El bolco era demasiado grande y no cabía por la entrada, así que dejó que la joven pasara sola y decidió sentarse frente a una ventana que estaba junto a la puerta delantera. De esta manera, al menos, podía vigilar a su amiga Gema desde fuera mientras ella recorría el interior de la misteriosa casa.

Todo estaba ordenado y limpio. A la derecha había dos sillones frente a lo que parecía una chimenea. A la izquierda, en la pared, otros objetos puntiagudos que parecían armas, y debajo de ellas, una espada de la cual solo se veía el mango y que estaba cubierta con una tela negra. En el centro se veían varios troncos cortados ensamblados que formaban una mesa, y algunos más alrededor que se usaban como sillas.

—Somos forasteros. Estamos de paso y queríamos preguntarle si podría ofrecernos alojamiento por esta noche —dijo la princesa.

—Claro, querida, no faltaba más. Pero no me has dicho tu nombre.

—Eh... me llamo... me llamo Yarna —respondió la princesa Gema.

—No tienes por qué mentirme. De hecho, algunos viejos como yo sabemos muchas cosas... más de las que imaginas.

Mientras escuchaban la voz del anciano, vieron emerger un niño de entre las sombras. Por su aspecto no tendría más de unos diez años, pero su cara estaba maltratada y sus ropas, que parecían hechas a mano, estaban raídas. sus ojos eran profundos y movía sus manos mientras hablaba con los forasteros.

—¿Quién... quién eres? ¿Por qué hablas como un anciano? —inquirió la

princesa.

—Porque soy un anciano, Gema —respondió el niño con voz de anciano.

—¿Cómo sabes mi nombre? —dijo sorprendida

—¡Vámonos de aquí! —gritó Úniquen.

Pero entonces la silueta del niño comenzó a transformarse ante sus ojos. Primero creció hasta ser tan alto como un adulto, para luego encorvarse hacia el piso como una flor mustia y, por último, su pelo se volvió blanco y su semblante se sembró de arrugas.

—Tranquilos, si les molesta mi forma, puedo cambiar de nuevo —les dijo el anciano.

—¿Cómo sabe quiénes somos?, ¿por qué parecía un niño? —preguntó Úniquen, que no dejaba de mirarlo desde la ventana.

—Porque soy un viejo brujo al que le gusta practicar algunos conjuros de vez en cuando. Sean bienvenidos. Pueden quedarse el tiempo que gusten. No se preocupen, no les haré ningún daño. ¿Cómo podría yo hacerle ni un rasguño a la hija de nuestro amado rey?

—¡Oh, muchas gracias, me ha quitado un peso de encima con esas loables declaraciones de lealtad! ¡Ahora me siento más seguro que nunca!

—exclamó Úniquen haciendo uso de su acostumbrado sarcasmo. La verdad es que aquel anciano le inspiraba poca confianza, pero no podía ignorar que era ya de noche y Gema necesitaba un sitio donde descansar.

El brujo prendió una fogata, tomó un plato y le sirvió algo de comer a la princesa; luego, le pasó una cobija para que se cubriera del frío. La princesa Gema se sentó en una de las sillas y comenzó a comer.

—Mi nombre es Vilo —se presentó el brujo sentándose en uno de los sillones que estaban junto a la fogata—. Tengo la sensación de que hay algo que te perturba... Probablemente quieras saber un poco más de esa esfera que llevas colgada al cuello.

—¿Cómo lo supo? —preguntó la princesa Gema muy extrañada, pues la esfera quedaba cubierta con su vestido.

—Recuerda, hay muchas cosas que un viejo brujo sabe, je, je, je.

—Por su bien espero, viejo, que no esté tramando algo, porque de lo contrario...

—¡Úniquen! El señor nos ha acogido en su casa —le reprendió Gema, un tanto irritada por el comentario de su amigo.

La cortesía era un deber fundamental para los habitantes de El Reino de Luz, más aún cuando se trataba de dar y recibir hospedaje, era el medio para medir el grado de educación y carácter de una persona.

—Sí, lo sé. Mis más sinceras disculpas, caballero —dijo Úniquen de forma sarcástica al tiempo que recostaba su cabeza sobre el alféizar de la ventana.

—Descuiden, entiendo su preocupación. Sé que tienen una enorme responsabilidad —dijo el brujo.

—¿Realmente lo sabe? —preguntó Gema, intrigada.

—¡Por supuesto! Es más, si me lo permites, voy a aclarar tus dudas sobre tu objeto mágico. Las leyendas cuentan sobre el poder de la esfera, algunas de ellas ciertas, otras no. Pero yo te diré únicamente la verdad, porque sé que eso es lo que te interesa, ¿cierto?

—Así es —respondió ella.

—Pues bien... —dijo el anciano levantándose de su silla—. Hay doce esferas en total, cada una de las cuales pertenece a uno de los Doce Reinos...

—¿Los Doce Reinos? ¿A qué reinos se refiere? —preguntó Gema.

—Hay trece mundos en distintas galaxias; les llaman mundos hermanos y se los conoce como los Doce Reinos —explicó el anciano, que caminaba por la cabaña mirando fijamente a los invitados—. Todos, salvo uno, tiene un liderazgo que controla todo el planeta. Cada uno de estos reinos poseía una esfera; sin embargo, uno de ellos la perdió, y a otro le fue robada.

—¿Trece mundos y doce esferas? Pero si son doce, entonces, ¿hay uno de los mundos que nunca tuvo una? —preguntó la princesa Gema.

—Así es. A pesar de que ese reino tampoco tiene un único liderazgo para todo el planeta, es considerado como planeta hermano.

—¿Podría continuar iluminándonos con su sabiduría? ¿Nos diría cuál es el nombre de este planeta? —preguntó Úniquen, que hasta el momento se limitaba a observar.

—¡Úniquen, no seas grosero! —le recriminó la princesa.

—Descuide, majestad... Ese reino se llama Urantia —respondió Vilo sonriendo.

—¿Por qué le llaman planeta hermano si ni siquiera tiene una esfera?
—quiso saber la princesa.

—Se dice que el nombre de «planeta hermano» le fue dado a todos aquellos mundos de ascendencia humana. La raza humana se ha extendido a través del Universo, pero continúa siendo la misma, es decir, cada ser humano tiene sus extremidades iguales y las mismas necesidades, con algunas variaciones. Por ejemplo, existen planetas donde los humanos viven durante siglos porque las condiciones naturales de su mundo les permiten vivir más tiempo; y hay otros donde los humanos no han desarrollado todo el potencial de su mente, por lo que están limitados en sus capacidades. Ese es el caso de nuestro planeta y de Urantia.

—¿Y cuál es el nombre de los planetas hermanos? —preguntó la princesa Gema.

—No me acuerdo de todos, pero los más conocidos son siete: Gálax, Ilucus, Planta Verde, Senters, El Reino Compartido de Dóriton, Urantia (llamado también Planeta Tierra) y El Reino de Luz. Con excepción de Urantia, estos son los mundos de los magos que no se contaminaron, pero esta es otra historia.

—He escuchado hablar de Ilucus, y Gálax es de donde viene mi madre, pero no sé nada de ellos. ¿Podrías contarme? —preguntó la princesa ansiosa.

—El reino de Gálax es un planeta que gira alrededor de una enorme estrella, aunque está a una distancia favorable para proporcionar la luz y el calor adecuados para los seres humanos. Tiene además siete satélites que reflejan la luz de su sol. Uno de ellos es más grande que el planeta: le llaman Globo Negro, debido a que la luz de su sol no se refleja en gran parte de su superficie. En consecuencia, cada cien años, durante horas el cielo se torna tan oscuro, que los moradores se encierran en las casas esperando con anhelo que «La Hora Negra» termine. El interior del planeta es parecido a El Reino de Luz: las plantas, los animales y la atmósfera son prácticamente iguales. También el desarrollo de la raza humana allí vive en una época semejante —dijo Vilo.

—¿A qué se refiere con una época semejante? —preguntó Gema.

—No todos los planetas hermanos tienen el mismo desarrollo. Existen algunos que son tan avanzados en lo que llaman «tecnología», que para los habitantes de El Reino de Luz resulta casi inimaginable —respondió

Vilo.

—Suerte que le tenemos a usted para ilustrarnos, ¿no? —dijo Úniquen.

—¿Y qué más sabe sobre Ilucus? —preguntó la princesa Gema, ignorando el comentario de Úniquen.

—Durante siglos el reino de Gálax, Ilucus y El Reino de Luz sellaron alianzas importantes, y sus reyes forjaron una amistad que ha perdurado a través de los siglos —explicó Vilo, volviéndose a sentar pesadamente en el sillón—. No sé mucho sobre Ilucus, salvo que es el planeta al que le robaron la esfera y que, según dicen, sus moradores son descendientes de este planeta.

—¿Cómo? Tal vez por eso mi padre me comprometió con el príncipe Altren, porque son nuestros descendientes... — argumentó la princesa sorprendida.

—Así es, Gema —respondió Úniquen.

—Siga, por favor —exclamó Gema al viejo brujo, pero este se encontraba cansado y se había quedado dormido.

—Dejemos que duerma —propuso Úniquen bostezando desde el exterior de la cabaña.

—De acuerdo —respondió Gema, mientras se acomodaba en el duro piso usando la cobija como cama y sábana a la vez. Ella hubiese preferido despertar al anciano, pero por respeto no lo hizo.

Amaneció con un sol resplandeciente. Un rayo de luz se coló por una grieta y fue a caer en el rostro de la princesa. Ella abrió sus ojos y vio a Úniquen sonriéndole parado junto a la ventana.

—Buenos días, Gema.

—Ah, buenos días, Úniquen —saludó ella mientras frotaba sus ojos con las manos—. ¿Podrías dejar de mirarme con esa sonrisa burlona?

—Es que duermes de una forma graciosa para ser una princesa —opinó Úniquen echando una carcajada.

La joven se despezó con ganas, se levantó del suelo y dobló la cobija que le había prestado el anciano. Al mirar hacia el sillón donde se había

quedado dormido Vilo, se dio cuenta de que había adoptado nuevamente la forma de niño.

Al sentir la presencia de Gema cerca de él, Vilo se despertó sobresaltado.

—¡Oh, eres tú! —articuló nervioso el anciano con cuerpo de niño.

—¿Por qué ha recuperado la forma de niño? —preguntó Gema.

—Como te dije, practico mis encantamientos —contestó Vilo.

—Me imagino que debe de ser un magnífico sonámbulo, que hasta puede realizar encantamientos mientras duerme —afirmó Úniquen sonriendo.

—Bueno, este... Me levanté en la madrugada y comencé a practicar el hechizo otra vez —aclaró el brujo titubeando.

—De acuerdo —dijo la princesa Gema quien, a pesar de que no terminaba de creerle, prefirió no insistir.

—¿Por qué no van por unas frutas para el desayuno? —les propuso Vilo.

—Por supuesto. ¿Quiere alguna fruta en especial, Vilo?

—No, gracias. De hecho, no desayuno nunca. Comeré algo más tarde.

—Vamos, Gema. Además, podrás practicar un poco con la esfera después de que hayas comido.

Así pues, abandonaron la cabaña y comenzaron a caminar por el prado.

—¡Mira ese árbol, Úniquen! Está lleno de frutas enormes. ¡Nunca había visto unas frutas tan grandes!

—Vamos a buscarte unas cuantas —planteó Úniquen mientras comía pequeños animalitos por el camino, pues los animales más grandes no se dejaban atrapar.

Úniquen era un experto cazador; sin embargo, la astucia de aquellos animales era excepcional... Sin contar con que había una expresión en sus caras que le ponía nervioso; sentía como si quisieran hacerle daño.

Cuando se aproximaron al árbol lleno de frutas, vieron a uno de los niños recogiendo algunas.

—Buenos días —saludó la princesa Gema amablemente.

—Buenos días —respondió el niño, pero su voz era tan grave como la de un hombre.

—¿Por qué hablas así... como si fueras mayor? —preguntó ella asombrada.

—No entienden nada, ¿verdad? Será mejor que se alejen de aquí. De lo contrario, les traerá serios problemas.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué quieres que nos vayamos? ¿Qué es lo que sucede en este lugar? —preguntó la princesa intrigada.

—Este poblado está maldito. ¡Váyanse mientras puedan! —les advirtió el niño con voz de hombre, y se fue corriendo sin decir ni una palabra más.

—Creo que es mejor que le hagamos caso —comentó Úniquen mirando para todos lados.

—Sí, tienes razón, es lo mejor. ¿Sabes?, he pensado que sería bueno pedir ayuda al reino de Ilucus. Quizás mi prometido, el príncipe Altren, pueda ayudarnos a vencer a Dargos.

—Probablemente quiera, aunque no creo que lo haga. Ellos no tienen esfera y los demás reinos temen enfrentarse a él —argumentó Úniquen.

La princesa Gema se subió en el lomo de Úniquen, tomó la canasta de frutas, y mientras comía, volvieron a la cabaña para despedirse de Vilo.

Al abrir la puerta, la princesa Gema vio al anciano con cuerpo de niño que se preparaba para salir.

—Señor Vilo, vinimos a despedirnos de usted, ya nos vamos.

—¡Vaya, qué pena! Si aún no te he contado todo lo que te falta por saber acerca de la esfera mística —le respondió.

La princesa lo miró fijamente, intentando adivinar sus intenciones.

—¿Lo dice en serio? ¿O quiere que nos quedemos por alguna otra razón? —preguntó la princesa Gema.

—No, Gema, debemos irnos —le rogó Úniquen al oído, para que Vilo no le oyera.

—¿Tú conoces los misterios de la esfera? —preguntó la princesa a Úniquen, también en voz baja, casi desafiándolo.

—Bueno, sé las cosas más importantes...

La princesa Gema se giró hacia su anfitrión.

—Señor Vilo, ¿por qué no nos cuenta lo que sabe sobre las esferas?

—Eso haré, solo que ahora mismo tengo un asunto que atender.

—¿Quiere decir que se va? —se extrañó Úniquen.

—Sí, pero regresaré al anochecer.

—Bien, lo esperaremos entonces —dijo Gema, resuelta.

—Bueno, me voy a la reuni... quiero decir... al compromiso —se despidió el brujo un poco azarado.

—Adiós —respondió Gema y Úniquen al unísono.

Capítulo 7

En búsqueda de respuestas

Aún Vilo no se había perdido de su vista, cuando la princesa Gema se acercó a Úniquen y se lo quedó mirando sin decir palabra.

—¿Qué es lo que quieres? Solo comienza a hablar, por favor —suplicó Úniquen.

—Sería bueno saber lo que está tramando.

—¡No, Gema, no! Temía que dijeras algo así. Debemos irnos cuanto antes. Es arriesgado quedarse con ese brujo, no sabemos qué se trae entre manos —respondió Úniquen.

—Pero la información que sabe Vilo es muy importante para vencer a Dargos, estoy convencida —replicó.

Úniquen, que casi podía adivinar lo que la princesa Gema estaba planeando, dijo con resolución:

—De acuerdo, esperémosle aquí, es más seguro. En cuanto regrese le preguntaremos.

—No, vamos tras él. Si lo seguimos podremos encontrar algunas pistas

que nos ayuden a entender lo que está sucediendo en este lugar.

—De acuerdo, vamos entonces.

Así, Gema y Úniquen se alejaron de la cabaña y fueron detrás del viejo brujo. Lo hicieron con precaución, asegurándose de guardar una distancia de algunos metros y de ocultarse para que no les viera: se escondían en los árboles, tras las rocas, en campos de siembra... En fin, lo siguieron durante más de tres horas, mientras Vilo subía por una pendiente poblada con mayor número de cabañas.

Cuando llegó a la cima, se paró frente a un árbol gitanesco. La princesa Gema y Úniquen, se tumbaron boca abajo en una pequeña colina, como a veinte metros de donde estaba Vilo, detrás de un enorme tronco seco, para vigilar cada uno de sus movimientos.

Habían llegado a una especie de llanura encajada en medio de varias montañas. El sitio parecía habitado, igual que el valle, pues estaba cuidado y había árboles frutales. Luego, Vilo comenzó a gritar con un sonido extraño, similar al que hacen los búhos, pero más fuerte. De las cabañas comenzaron a salir niños, que se fueron sentando en círculo alrededor del árbol. También aparecieron animales que, curiosamente, se congregaron con los niños y prestaron atención.

—Queridos amigos —comenzó a hablar uno de los niños con voz de hombre. Por la postura asumieron que era alguien con autoridad. Tendría unos ocho años, era moreno y llevaba el torso al descubierto—. La razón por la que estamos aquí todos la sabemos. Después de varios siglos sin recibir a ninguna persona o animal y sin tener contacto con el mundo exterior, han llegado visitantes a nuestro pueblo. Aún no entendemos cómo han logrado traspasar la barrera del encantamiento, pero lo que sí es seguro es que si alguno de nosotros quisiera salir de aquí, podría hacerlo.

Un murmullo se elevó en la multitud, y tanto los niños con voz de hombre como los animales empezaron a hablar unos con otros.

—Úniquen, esos animales están hablando —susurró la princesa, perpleja ante lo que veían sus ojos.

—Sí, ya lo sé —respondió Úniquen también en voz baja—. Con razón me miraban mal cuando quería comérmelos. ¡Quién lo diría, comida parlanchina! Pero chist, escuchemos...

El niño con voz de hombre prosiguió su discurso.

—¡Silencio! ¡Silencio, por favor! —Los murmullos de la asamblea se fueron apagando—. Pues bien, aparentemente el hechizo se ha roto, pero solo en

parte porque, como ven, aún no hemos recuperado nuestra forma original.

El murmullo comenzó otra vez, interrumpiendo al orador.

—¡Perdón! ¡Perdón!... ¡Escuchen, por favor! ¡Están haciendo demasiado ruido! —El autoritario niño tuvo que alzar la voz nuevamente para hacerse oír—. Necesitamos saber quiénes son los extraños y cómo llegaron hasta aquí.

—Mantus, creo que son hechiceros —opinó uno de los animales.

—Yo creo que no son de este mundo —añadió otro niño, también con voz de hombre.

—¿Cómo sabes que no lo son? ¡Ninguno de nosotros conoce el mundo actual, torpe! —le contradijo Mantus.

—¿De verdad creen lo que están diciendo? —intervino Vilo, que hasta entonces se había limitado a escuchar. Se paró frente a la multitud y continuó—: Se equivocan. No son más que dos viajeros que están de paso. Pidieron asilo en mi casa, y yo se lo di. Ni son hechiceros ni son de otro mundo, como tampoco vinieron aquí para hacernos daño.

—Vilo, tú que conoces la magia, que fuiste consejero por un tiempo y que eres mayor que la mayoría de nosotros, ¿en serio crees que esos extraños son de fiar? ¿Debemos dejarlos en paz? —preguntó el primer niño con voz de hombre al que llamaban Mantus.

—Así es. Son inofensivos, no tenemos nada que temer —respondió Vilo y luego procedió a sentarse.

—¿Y qué hay del séritroc que encontramos hace un rato? Dicen que lo montaba un hombre y que estaba escondido entre los árboles —preguntó uno de los animales.

—Lo siento, no sé nada de eso, y nada les puedo decir —respondió Vilo.

—Entiendo que digas que los visitantes son inofensivos. Sin embargo, estoy convencido de que ellos son los responsables de que el hechizo haya fallado —insistió Mantus.

Vilo se paró nuevamente y dijo:

—Como ustedes saben y acaban de mencionar, no solo soy el más viejo entre ustedes, sino que también conozco la magia. Les puedo asegurar que, por más extraño que parezca, ellos no tienen nada que ver con esto. No obstante, les pido que me den un día de plazo para poder

demostrárselo a todos. Si estoy en lo cierto, mañana podré dar una respuesta a los acontecimientos de estos dos últimos días; si no, entonces procederemos como mejor nos convenga.

—Está bien, sea como dices —convino Mantus, y todos los presentes estuvieron de acuerdo.

Después de varias horas de discusión, la reunión se terminó, los niños y animales comenzaron a despedirse.

La princesa Gema y Úniquen estaban asombrados por todo lo que se había dicho en aquella asamblea.

—Úniquen, vámonos de aquí antes de que alguien nos descubra.

—Bien, súbete.

Aprovechando que ya estaba oscureciendo, Úniquen emprendió el vuelo sigilosamente para poder llegar a la cabaña lo antes posible.

Mientras iban de camino comentaban:

—Úniquen, ¿crees que lo que sugirió Vilo fue para defendernos?

—Eso espero, porque si no, me temo que está tramando algo. Debimos marcharnos de aquí esta mañana.

—Pero necesitamos conocer más sobre la esfera para poder vencer a Dargos —respondió la princesa Gema.

—Lo sé, lo sé... Pero digamos que tengo un mal presentimiento con todo esto —repuso Úniquen arrugando su hocico.

—En cualquier caso, se ha hecho tarde, es mejor dormir aquí —dijo la princesa con preocupación.

—Sí, por muchas ganas que tenga de salir de aquí, no debemos internarnos en el bosque de noche.

Cuando llegaron a la cabaña, la princesa Gema entró, encendió el fuego en la chimenea y se sentó en una silla a esperar que Vilo llegara y le contara todos los detalles sobre el poder de la esfera. Úniquen se quedó junto a la ventana mirando hacia el interior, como el día anterior.

Después de tres horas, Vilo abrió la puerta de la cabaña y la cerró tras de sí.

—Buenas noches —dijo Vilo agarrando una de las sillas y sentándose frente a la princesa.

—Buenas noches —respondieron la princesa.

A la princesa Gema le pareció que Vilo estaba enojado.

—¿Cómo han pasado el día? Siento no haberles acompañado —les dijo Vilo.

—¡Me hiciste tanta falta...! —saltó Úniquen.

—¡Úniquen, por favor, no empieces! No se preocupe, Vilo, hemos estado bien. Es más, queríamos agradecerle su hospitalidad, porque no todo el mundo nos habría alojado. Perdóne mi insistencia pero, ¿cree que podría contarnos ahora lo que sabe sobre la esfera? —dijo la princesa Gema con gran interés.

—Por supuesto, no es molestia. Pero antes les prepararé la cena, ¿qué les parece?

—Eso me gustaría, gracias —le dijo la princesa Gema al anciano.

—Bien, entonces cocinaré un caldo delicioso. Úniquen, tú también deberías probarlo: te garantizo que nunca has comido nada igual.

—¿No estará envenenado, verdad? —cuestionó Úniquen, quien enseguida recibió una fulminante mirada de Gema en respuesta a su rudo comentario—. Está bien, lo siento, lo siento... Verás, Vilo, la verdad es que yo como otro tipo de cosas, así que...

—Solo pruébalo, ¿de acuerdo? Lo aceptaré como disculpas. Si después de probarlo decides que no te gusta, lo entenderé —insistió el anciano, que tenía otra vez forma de niño.

Úniquen iba a responder de mala forma, pero al contemplar la cara amenazante de Gema, prefirió firmar una tregua y no ser grosero esta vez.

—De acuerdo, la probaré —respondió educadamente al anfitrión.

Vilo tomó un caldero, se fue a la cocina y en poco tiempo regresó con el humeante caldo.

—Aquí tienes, Gema. —El anciano le sirvió un cuenco a la joven, y luego un enorme puchero para el hambriento bolco, que le pasó por la

ventana—. Y este es para ti, Úniquen.

Los invitados se lo agradecieron, luego Gema preguntó:

—¿Usted no va a comer?

—No, gracias, no tengo hambre —respondió Vilo.

—¡Esto está fabuloso! —exclamó Úniquen sorprendido.

La princesa Gema se extrañó que a su amigo le gustara, y se decidió a probar el suyo.

—Sí, tienes razón, ¡está delicioso!

—Me alegro de que les guste —respondió Vilo con una sonrisa.

—¿Puede hablarnos de la esfera ahora? —insistió la princesa, que tomaba el caldo con apetito.

—Desde luego, pero antes háblame acerca ti, Gema.

—¿Cómo qué?

—Mmmm, bueno... Dime lo primero que te venga a la mente.

—¿Queda más caldo por ahí? —interrumpió Úniquen.

—Claro... Aquí tienes. —El anciano sacó otro recipiente del mismo tamaño y se lo dio a Úniquen, quien lo recibió encantado.

—Pensándolo bien, yo también quiero más —indicó Gema.

—Claro que sí, querida; aquí tienes —dijo el anciano, rellenando su cuenco hasta casi rebosar—. Bueno, ¿en qué estábamos?

—Este... ya no me acuerdo —dijo la princesa, concentrada en el caldo.

—¡Qué bueno está esto! —volvió a exclamar el bolco.

—¿Un poquito más, querida? —preguntó Vilo.

—Sí, gracias.

El cuenco de la princesa volvió a llenarse por tercera vez de aquel caldo tan extraordinario.

—Gema, ¿por qué no me cuentas algo de ti? —volvió a preguntar Vilo.

—Tengo miedo de llevar esta esfera. Casi todos los días tengo pesadillas. Sueño que una bestia me tiene prisionera y me castiga día y noche.

—Yo también tengo miedo... Quiero estar en un lugar seguro —añadió Úniquen, y ambos se echaron a llorar. El bolco prosiguió—: Oye, tengo una sensación rara en la cabeza, como si me mareara.

—Sí, yo también me siento... me siento muy extraña —confesó Gema—. ¿Qué tiene este caldo?

El anciano con forma de niño los miró con una sonrisa de enorme satisfacción.

—Está hechizado, y cuando termine de hacerles efecto, harán todo lo que yo les diga.

Vilo soltó una carcajada; la princesa Gema y Úniquen se rieron también, pero luego comenzaron a llorar desconsoladamente. Se lamentaban de todo lo que les había pasado, del difícil camino que habían recorrido...

—Si Dargos no nos hubiera atacado, ahora estaría en palacio, con mis padres, tranquila y a salvo —decía la princesa entre lágrimas.

—¡Sí! ¡A mí me duele el ala! ¡Me siento incómodo durmiendo aquí afuera, en medio de un bosque tenebroso! —se lamentaba Úniquen.

—¿Hasta cuándo estaré lejos de mi hogar? —le coreaba la princesa. Ambos seguían llorando; no podían parar.

—No se preocupen, les tengo una solución. Solo tienen que entregarme la esfera, y todos sus problemas desaparecerán —les exhortó Vilo maliciosamente, esperando que su hechizo tuviera efecto

—Claro que sí —afirmó la princesa Gema mientras se paraba de la silla.

—Sí, Gema, dale la esfera. Él ha sido generoso con nosotros, seguro que nos ayudará a dejar la tristeza —indicó Úniquen asintiendo con la cabeza.

La princesa se quitó la esfera de alrededor de su cuello y se la tendió a Vilo, quien se levantó rápidamente de su silla y se la arrebató.

—¡Estúpidos! ¡Ahora verán de lo que es capaz el rey Vargas! —gritó el anciano brujo con aspecto de niño, riendo a carcajadas.

Vilo tomó la esfera, la apretó contra su pecho y levitó dentro de la cabaña. Sus ojos se llenaron de luz, sus cabellos se tornaron oscuros y la forma de

niño se transformó en la de un hombre. Luego apuntó con su mano derecha hacia donde estaba la princesa.

Mientras tanto, Úniquen y Gema, como si un trance se hubiera apoderado de ellos y no fueran dueños de su propia voluntad, se reían a carcajadas, sin ser conscientes de lo que estaba aconteciendo.

Capítulo 8

Justo a tiempo

Cuando el rey Vargos se disponía a aniquilar a la princesa Gema, un hombre irrumpió en la cabaña y, dando un salto, tomó a Vargos por el cuello mientras estaba de espaldas, desprevenido, clavó una daga en su corazón y arrancó la esfera de su cuello. En el instante que le quitó la esfera, Vargos dejó de flotar y ambos cayeron al piso.

En ese momento, Gema y Úniquen despertaron del trance en que se encontraban.

—¿Qué pasó? —preguntó la princesa Gema.

—Le dimos la esfera a Vilo y luego él entró —respondió Úniquen.

—¿Quién es?

—No tengo idea.

La princesa caminó hacia el misterioso hombre que la había salvado. Seguía tendido en el suelo, boca abajo, con una capa que tapaba su cabeza. Su apariencia denotaba el maltrato sufrido durante un largo viaje. Le tomó del hombro y lo giró. Su sorpresa fue tan grande como la de Úniquen, cuando reconoció aquel rostro.

—¡Tío Kéltrox! ¿Realmente eres tú? ¡Te había estado esperando, pero pensé que nunca volvería a verte! —gritó la princesa llena de emoción, abrazándolo.

—No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado sana y salva, querida sobrina —respondió Kéltrox, la débil voz revelaba la fatiga.

Kéltrox era general en jefe del ejército de El Reino de Luz y el hombre más notable en todo el reino después del monarca. También había escogido ser escudero del rey, con la finalidad de estar cerca de su

hermano, lo que le permitía mantenerle lo más protegido posible y lejos de cualquier ataque directo. Era un hombre valiente, una de esas personas que en situación de peligro muestra su coraje no solo en la guerra, sino en su vida. Cuando un miembro de su familia se veía amenazado por cualquier circunstancia, no existía nada que no fuera capaz de hacer por ellos. Eso sí, también era temerario, con frecuencia más de lo necesario. Pocas veces quería mirar hacia atrás ante una situación adversa, aunque esta fuera la única solución para salir de ella, pues le disgustaba la idea de huir de los problemas. Le resultaba difícil someterse a determinadas situaciones o personas, y especialmente a una autoridad que no considerara legítima. Para su hermano Nótrex, sin embargo, no había nadie que mostrara tanta obediencia y lealtad. Era el hombre más leal a El Reino de Luz, no solo por ser hermano del rey, sino porque su apasionado vigor alentaba los corazones de cada hombre que le conocía.

Era diestro en el arte de la guerra. Además de coraje, tenía en su espada a su más fiel compañera: confiaba en ella por encima de todo, y se sentía seguro cuando la tenía cerca, porque ella lo había librado de morir más veces de las que podía contar. Había vivido combates y batallas tan cruentas, que nunca creyó poder vencer a sus enemigos; pero gracias a su espada logró salir con vida. Después de su hermano Nótrex y su familia, era en la espada en quien más confiaba.

Kéltrox sentía un profundo cariño por su sobrina, pero también reconocía en ella a la hija de su rey y el importante papel que desempeñaba en El Reino de Luz, lo que le impulsaba a concederle un respeto aún mayor. La quería con todo su ser. Siempre estaba atento a las necesidades de su «pequeña», como le decía. Y la princesa Gema también le apreciaba bastante. Él había sido como su segundo padre, desde que era una niña. A veces, durante horas, su tío jugaba con ella a las escondidas; otras, la sacaba a pasear por el campo, ensañándole a cubrir sus rastros mientras cazaban.

Kéltrox era querido, no solo en su familia, sino también fuera de ella. La manera en que se entregaba a sus seres amados y el compromiso que asumía con su nación transcendían su valentía. Nunca utilizó su autoridad, o ser el hermano mayor para beneficio propio. Lo demostró antes de morir su padre.

—Ven, hijo mío. Te diré algo muy importante, antes de que deje el mundo de los vivos. ¡Mi muchacho!... Ven, ven, acércate más —Kéltrox estaba junto a su padre, pero se aproximó aún más, casi como para besarle la frente—. Eres tan poco común... Tienes un corazón noble, el alma y la habilidad de un poderoso guerrero. Quiero que apoyes a tu hermano para que él me suceda en el trono, y que le ayudes a gobernar nuestro reino.

Tú mismo te has dado cuenta de que él nació para ser rey.

—Padre, he servido a El Reino de Luz durante toda mi vida, mi corazón siempre ha estado contigo. No dudes ni por un instante, estaré con mi hermano hasta mi muerte y honraré tu memoria.

Su padre sonrió con alegría.

—No esperaba menos de ti, querido hijo...

Su semblante resplandeció como nunca, antes de expirar. Mientras cerraba sus párpados, recordó con añoranza los días de antaño, cuando sus hijos jugaban alegres en el patio del palacio.

Capítulo 9

El pequeño Kéltrox

A diferencia de otros niños, que a su edad jugaban con palos y muñecos, Kéltrox blandía una espada de madera con la que golpeaba árboles en los jardines del palacio. En ocasiones, jugaba con su hermano Nótrex, quien gritaba a voces: «¡Soy Faltron, el poderoso mago!», a lo que Kéltrox respondía: «¡Y yo soy Mórico, el valeroso guerrero!»; y comenzaban a pelear con sus espadas de madera.

Faltron era una figura legendaria en El Reino de Luz. Según las historias, tenía extraordinarios poderes que usaba en favor de la verdad. Se le atribuía el cargo de juez porque cuando se producían actos crueles podía aparecer para defender las causas de los desvalidos. También decían que pertenecía a una sociedad formada por diferentes planetas, que se ocupaba de restablecer el equilibrio cósmico del universo. A pesar de que algunos pensaban que su existencia no era más que un mito, otros, aseguraban que habían tenido contacto directo con él.

De Mórico, sin embargo, no se hablaba tanto. Solo decían que era el guerrero más audaz que jamás había existido y que nunca, jamás, había perdido una guerra.

Un día de primavera, el rey Coltran hizo una visita a El Reino de Luz. Kéltrox, que en aquel momento tenía ocho años, estaba en la entrada principal del palacio, jugando con su espada de madera. Cuando el general del ejército de Coltran vio al hijo mayor del rey, lo confundió con un huérfano, pues tenía el aspecto propio de un mendigo: sus ropas

estaban sucias y su cara cubierta de polvo.

Kéltrox, que jugaba distraído, no se dio cuenta de que el rey Coltran estaba desmontando del carruaje y tropezó de espaldas con él, rebotando en su prominente barriga. Al ver esto, el general del rey desenvainó su espada y lanzó un espadazo directo a la cabeza de aquel niño andrajoso que había chocado contra su rey. Para sorpresa de todos los que presenciaron la escena, haciendo alarde de sus reflejos, Kéltrox agachó la cabeza, esquivando el golpe mortal del general y le lanzó tres golpes con su espada de madera: el primero en la cabeza, el segundo en el brazo derecho y, finalmente, con toda sus fuerzas, tiró a los pies. Su contrincante se había confiado tanto que el ataque le tomó desprevenido y cayó de espaldas, vencido por aquel «huérfano» y su pequeña arma de madera.

Al verse avergonzado, el general se paró rápidamente con la intención de reclamar venganza contra Kéltrox, pero entonces el rey Coltran metió su espada en medio, deteniendo el golpe de su general.

—Deja al niño en paz, no seas salvaje.

—Perdone, mi señor —respondió el general.

Cuando la madre de Kéltrox supo lo que había acontecido a su hijo, lo castigó por estar jugando fuera de las puertas del palacio, aunque no pudo evitar que su «hazaña» fuese contada por su padre cada noche, con orgullo.

La madre de Kéltrox siempre trataba de evitar que su hijo mayor anduviera con los «comunes»; sin embargo, este siempre se las ingeniaba para sortear a los soldados que guardaban las puertas del castillo.

Una vez, mientras en palacio se preparaba un lujoso banquete, Kéltrox intentó escaparse y salir al patio para jugar. Pero Barlon —uno de los guardias autorizados a llevarlo por las orejas hasta donde estaba su madre en esos casos—, al verlo escabulléndose entre los sirvientes que salían de Diamantis, corrió tras él. El niño era increíblemente ágil y consiguió llegar hasta la puerta exterior sin que le atrapara, pero una vez allí tuvo que volverse, pues había varios soldados apostados en la entrada. Kéltrox no se daba por vencido: estaba resuelto a salir del palacio como fuera, así que ideó un plan y regresó enseguida a sus aposentos.

—¿Qué pasa, Kéltrox? —preguntó Nótrex cuando vio entrar a su hermano

mayor—. ¿Por qué vienes corriendo?

—Es que quiero jugar fuera del palacio, pero Barlon no me deja.

—¿Y por qué no juegas aquí adentro?

—Porque no te imaginas lo divertido que es pelear con los niños comunes. ¿Harías algo por mí?

—Lo que sea, solo tienes que decírmelo.

—Quiero que distraigas a Barlon; él está merodeando por todo el palacio y no podré salir hasta que logres despistarlo.

—De acuerdo, lo haré.

Nótrex se dirigió hacia la puerta exterior pasando por delante de Barlon, con el fin de que pensara que él también tenía la intención de escaparse.

—Nótrex, ¿adónde vas? ¡Vuelve aquí! ¡Sabes que tu madre prohíbe que jueguen fuera del palacio! —dijo el soldado mientras corría tras él.

Cuando Kéltrox vio a Barlon persiguiendo a Nótrex, supo que su oportunidad había llegado. Entró a la cocina, esperó a que el cocinero saliera y se metió dentro de la primera olla que encontró, cuando sus pies tocaron el fondo, la tapó nuevamente. Y allí se quedó, en la oscuridad, con el agua llegándole por los hombros y con el mal olor que esparcía. Se dio cuenta demasiado tarde que aquella enorme olla llena de agua sucia era el recipiente donde los cocineros echaban los desperdicios de la comida... Y en aquella ocasión llevaban dos días sin limpiarla, por lo que el hedor era inaguantable. Por suerte, varios de los sirvientes llegaron al poco rato y sacaron la olla de la cocina para lavarla, sin saber que el niño estaba adentro. Kéltrox esperó a que los sirvientes se fueran, salió de la olla despacito y se dirigió hacia el exterior del palacio.

A pesar de todo el esfuerzo que le costó «su huida» y del aprecio que los demás le tenían, ninguno de los niños «comunes» quiso jugar con él aquel día, porque nadie aguantaba el «olor de la victoria». Pero Kéltrox era así: siempre lograba lo que se proponía; esa era una de sus virtudes más loables.

—¿Estás herido, tío? —preguntó Gema en el momento de retirar el vendaje que él mismo se había hecho con la capa de uno de los caídos por su espada.

—No es nada —respondió Kéltrox al ver la cara de susto que puso su sobrina cuando terminó de quitar la tela sucia que cubría la herida. Era profunda y tenía mal aspecto, por mucho que su tío quisiera quitarle

importancia.

—¿Que no es nada? Ven, siéntate en esta silla y veremos qué podemos hacer.

La princesa Gema tomó la esfera con su mano derecha, la apretó fuertemente y la herida empezó a sanar en breves minutos.

—Me alegro que hayas aprendido a utilizar la esfera. Sabía que lo harías bien —dijo Kéltrox.

—Sí, sé que tienes fe en mí, no como mi padre —aclaró la princesa agachando la cabeza.

—¿Qué sucede, pequeña? ¿Qué quieres decir con eso?

—Escuché parte de la conversación que tú y papá sostuvieron la noche antes de que él me entregara la esfera.

—¿De qué conversación hablas? —preguntó Kéltrox.

Pero él sabía perfectamente a la discusión que se refería la princesa Gema. Fue en una reunión donde su hermano y él planeaban la estrategia para afrontar el inminente ataque de Dargos...

—Alguien cercano a nosotros, de los pocos que saben sobre Kristal, nos ha traicionado —dijo Nótrex enérgicamente—. De lo contrario, Dargos no se atrevería a atacarnos tan rápido. Tenemos que descubrir quién es el espía.

—Estoy de acuerdo contigo —respondió Kéltrox—, pero para eso debemos interrogar a todos los de palacio.

En ese momento, Marcus, uno de los comandantes de confianza del rey irrumpió en el salón del trono y dijo:

—Señor, nos han informado que las fuerzas de Dargos fueron vistas a menos de dos días de aquí.

—Nótrex, debemos actuar, irápido! —exclamó Kéltrox.

—¡Lo sé, estoy pensando, estoy pensando! —contestó Nótrex en el mismo tono, exasperado. Luego lo miró con resolución y le afirmó—: Kéltrox,

debes usar la esfera.

El hermano del rey empezaba a impacientarse.

—¿Cuántas veces he de decirle a mi querido rey y hermano que no puedo utilizar la esfera? ¡No puedo!, ¿entiendes? —le gritó.

—Sí, pero sigues sin explicarme qué es lo que te lo impide —respondió Nótrex con más fuerza.

—¿Acaso eso importa? ¿No te bastan mis palabras? ¿O te olvidas de que tú tampoco puedes usarla? —preguntó Kéltrox, furioso.

—¡Claro que no! Pero tú sabes cuáles son mis razones, y tú, en cambio, nunca has querido decirme las tuyas —le replicó.

—Hermano, perdóname, pero hemos de centrarnos en preparar la defensa contra Dargos —opinó Kéltrox.

En ese momento, la princesa Gema pasó frente a la puerta. Quería desearle buenas noches a su padre antes de dormir; pero justo cuando iba a entrar al salón, escuchó su nombre.

—Debes decirle a Gema que use la esfera —escuchó decir a su tío en voz baja.

—¿Te has vuelto loco? Es una niña, no lo haré —contestó su padre alzando la voz.

—Nótrex, por favor, piensa en el reino, piensa en qué es lo mejor para El Reino de Luz. ¡Debes hacerlo! —le insistió su tío aún en un tono más fuerte.

—¿Crees que no estoy pensando en el reino? —le contestó su padre; parecía bastante alterado.

La princesa, que había estado escuchando todo aquello detrás de la puerta, decidió irse a su dormitorio sin despedirse de su padre, pero al voltearse hizo ruido con los pies. Kéltrox lo oyó y salió rápidamente para ver quién estaba tras la puerta, pero no vio a nadie en el pasillo. La princesa Gema se había ido corriendo para no ser descubierta.

—Tío, ¡Tío!

—Perdóname, Gema, estaba distraído. Dime, pequeña —le respondió Kéltrox.

—Cuando te dije que escuché la conversación, te quedaste pensativo. ¿Te sucede algo?

—No, pequeña, todo está bien.

—¿Qué lugar es este? ¿Y por qué Vilo se llamó a sí mismo «rey Vargos»?
—preguntó la princesa.

—Probablemente porque él era en realidad el rey Vargos —respondió Úniquen—. Dicen que era un gran hechicero y que usurpó el trono a su primo Normen con sus poderes mágicos.

—Yo también creo que era él. Se parecía a la estatua que hay en el pasillo de Diamantis —secundó la princesa Gema.

—Pero, ¿cómo es posible que aún siga vivo, si lleva siglos desaparecido?
—se preguntó Kéltrox pensativo.

—Kéltrox, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Úniquen ansioso.

—Esperaremos a que amanezca y luego nos marcharemos.

—¿Tienes algún plan, tío? —preguntó Gema preocupada.

—Sí, tengo varias ideas de lo que podemos hacer... Pero ahora lo más importante es descansar. Nos iremos de aquí mañana, apenas salga el sol.

La princesa tomó la manta que le había dado Vargos, la tendió en el piso y se acostó. Kéltrox se echó cubriéndose con su capa, mientras que Úniquen se tiró en el suelo en el exterior de la cabaña, junto a la ventana.

